

EN su último artículo publicado en la revista "Bohemia", el doctor Jorge Mañach se hace la siguiente pregunta: "¿Qué manera de expresión poética le daría hoy a Cuba más gusto, más edificación espiritual y más prestigiosa resonancia?" Pero, con todo respeto sea dicho, la crítica no está para hacer conjeturas en el vacío sino para explicar lo que la realidad nos ofrece de un modo irrechazable. La pregunta adecuada en boca de un crítico sería: ¿Cómo es la poesía cubana de hoy y por qué es así? Pues si algo hay siempre necesario e insustituible con relación a cada momento de la historia de un país, ello es su expresión poética.

Enseguida el doctor Mañach en su artículo se refiere a "los Lezama Lima y sus cofrades", poniendo muy en duda que cultiven la poesía conveniente. ¿Y quiénes son estos cofrades? ¿Será uno de ellos Eliseo Diego, cuyo reciente libro **En la Calzada de Jesús del Monte** nos entrega un verso llano, grave y diáfano como la vida en los viejos patios criollos? ¿Será otro el Padre Angel Gazteli, ancho y luminoso de expresión como las tardes celestes del pueblo en que tiene su parroquia? ¿O Gastón Baquero, el autor de textos limpidos y magistrales como **Octubre**? ¿O tal vez Octavio Smith, con su escritura minuciosa, exhaustiva de su propia fábula? ¿O Lorenzo García Vega, estallante de intuiciones y epifanías? Si, todos ellos, y algunos más, deben ser sin duda los cofrades de Lezama a que el doctor Mañach alude vagamente, y a quienes muestra como cultores indiferenciados de la oscuridad gratuita de la incoherencia total e inexportable.

Pero he aquí que al mismo tiempo escribe: "No es que deje de reconocerles a esos poetas nuevos su talento. Tan lejos estoy de ello, que los considero, por la novedad e intensidad de su inspiración, por el refinamiento de su cultura, por la austeridad de su dedicación, por su dominio de los recursos verbales, por su prurito mismo de novedad (ya vimos que importancia tiene esto), tal vez la generación mejor dotada para la poesía que Cuba ha dado. De manera que no se trata de negarlos; se tra-

confesión de sí mismo, que no pertenece a un lenguaje imaginado, uno puede añadir que, en su obra, al menos, Poe logra sobrepasar su dualismo inicial. Los biógrafos, para quienes su existencia personal era fuente de episodios patéticos y pintorescos, no han dejado de insistir sobre sus defectos y caídas. No es más que la verdad el que su vida, a veces lamentable, parece ser la vida de un vencido. Pero si no se ve más que este aspecto se olvida el triunfo del espíritu y el heroísmo de la lucha perseguida. La verdadera grandeza de Poe, que justifica el lugar ejemplar en que se le ha colocado, le viene de haber arrancado a una existencia desastrosa una obra que si no es toda luz, sí es toda lucidez.

La grandeza de Poe también se debe al hecho de que fue uno de los primeros en comprender la doble exigencia de toda poesía: la fuente debe ser buscada en las profundidades de lo humano, en esas zonas de sombra y de silencio donde se persigue la lucha de la criatura con su destino. Pero esas profundidades permanecen oscuras, inaccesibles a la conciencia, irreduciblemente informes, mientras un espíritu completamente despierto no emplea para explorarlas, los recursos de un arte vigoroso.

El centenario de la muerte del gran sonador nortamericano se adelanta un poco a una gran conmemoración francesa. En 1852 comenzó en Francia un siglo de poesía y de conocimiento de la poesía, cuando Gerard de Nerval y Charles Baudelaire escribieron por vez primera el nombre de Edgar Poe.

ta nada más que de deplorar, por lo que pueda servir, el que esos poetas insistan en dárseles de un modo que, para simplificar, he llamado "ininteligible". (¿No es nada la simplificación?).

Ante este párrafo asombroso, lo primero que a uno se le ocurre, después de tomar respiro, es preguntar al doctor Mañach cuándo se ha dado el caso de que un poeta de talento desconozca la forma en que ha de expresarse. Porque si para algo sirve el talento, y más el poético, es justamente para conocer y realizar sus propias posibilidades de viabilización. Un poeta sólo puede frustrarse por falta de cultivo, de intensidad o de rigor en la expresión de lo que tiene que decir; pero esto último únicamente nos es dable saberlo por el mismo. Resulta definitivamente absurdo decir de alguien que es un poeta de mucho talento y encima con "el dominio de los recursos verbales" y a la vez que no sabe lo que tiene que escribir, ni cómo lo tiene que escribir.

En segundo término, ¿de dónde ha extraído el doctor Mañach los datos para afirmar que esta es "tal vez la generación mejor dotada para la poesía que Cuba ha dado" si confiesa una y mil veces que lo que esta generación escribe le resulta "ininteligible"? Porque después advierte que "esto de no entenderlos se ha de tomar relativamente" pero al final nos convencemos de que esa relatividad única beneficia a Góngora, Valéry, Neruda o Alejandro, ya que a "los Lezama Lima y sus cofrades" les falta, no ya la simple virtud de la expresión coherente, sino hasta "la incoherencia comunicativa".

¿Y cómo ha podido el doctor Mañach percatarse de nada, y menos de algo tan preciso como la supuesta imparidad de una generación, a través de la noche oscura de lo "ininteligible"? ¿Será como miento místico, o será delicada generosidad con que ha querido suavizarnos su severo juicio? Porque si un grupo de personas, a pesar del "refinamiento de su cultura" y "austeridad de su dedicación" hace una poesía ilegible, lo correcto sería concluir que esas personas no han sido ni remotamente dotadas por la gracia de los dioses para el menester poético.

En trance de explicar de algún modo tantas oscuridades, el doctor Mañach, animado siempre, no dudamos, de la mejor buena fe, tiene que elaborar una extraña y confusa teoría de la expresión: separada de la comunicación, según la cual es posible que en un poema "intrínsecamente" haya poesía pero que esa poesía no tenga ningún sentido ni pueda llegar a nadie. ¿Pero no es la poesía trascendente por definición? ¿Es concebible una poesía puramente intrínseca, tan tímida que no salga del poema ni a los mayores y más finos requerimientos? ¿Y como si no llega a nadie (por carecer de toda "virtualidad comunicativa") puede nadie decir que exista, si siquiera "intrínsecamente"? ¿Y en qué puede consistir una poesía, por intrínseca que sea, si no tiene ningún sentido?

Diga el doctor Mañach cómo lo dijo en su primer artículo sobre el asunto que padece de incapacidad de fruición con respecto a los poetas de Orígenes — entre los que hay temperamentos claros y oscuros, atormentados y serenos, y que sólo se agrupan y unifican por el fervor absoluto hacia la poesía. Esa declaración suya es sincera, exacta y tal vez inevitable. Pero no haga crítica "ininteligible". No nos dé una lección confusa.